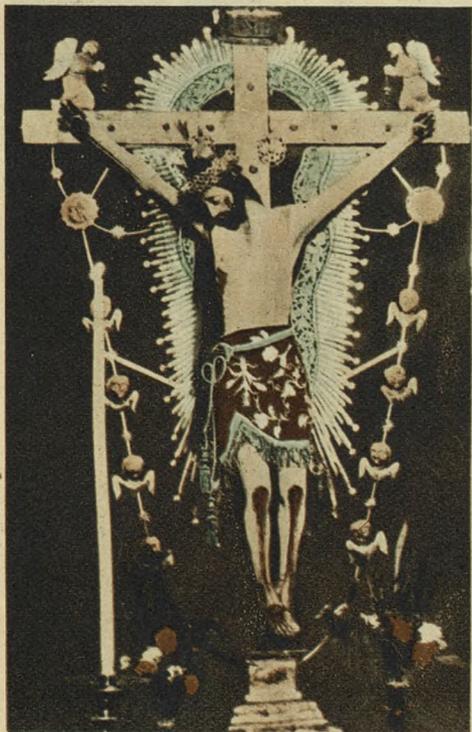




LA OTRA COMPOSTELA

(MEXICO, ESTADO DE JALISCO)



Ni América termina en el mar ni España en el Finisterre. En realidad, una acaba donde empieza la otra. Las millas de agua salada o los kilómetros de cielo azul son un mero accidente geográfico que la civilización y la mecánica van acortando cada vez más. Por lo tanto, están sujetos a la mudanza de los tiempos y del progreso. La distancia es un espejismo más o menos variable según sea el galeón, el trasatlántico o el cuatrimotor que la cuente.

Cuando lleguemos a la velocidad supersónica, entre el Nuevo Mundo y la vieja península no habrá más que un paso.

En cambio, existe algo que no está sujeto a lo material. Algo de vigencia permanente que se adelantó a la mecánica y que hace siglos ha borrado las distancias desde las costas ibéricas hasta las playas colombinas. Ese algo pertenece al sistema métrico espiritual que al contar trayectos por medidas del corazón, convierte los metros en milímetros y la separación en abrazo.

Nada ni nadie, pues, podrá borrar las huellas hispanas en América, ni convertir en tópico esa exclamación de todo americano al llegar a España: «Parece como si no hubiese salido de mi país».

Para ninguno que hable castellano es sorprendente saber que hay una Guadalupe mexicana y otra española, o una Cartagena levantina y otra de Indias. Y también una Compostela con música de gaita gallega y otra con alegres y bulliciosos jarapeos aztecas.

Cuando las ciudades eran ingravidas e infantiles, costaba poco trabajo moverlas de un sitio a otro.

Por eso el capitán español Cristóbal de Oñate cogió un buen día el pequeño poblado de Compostela y lo trasladó desde Tepic al valle de Cactlán, sitio que sigue ocupando hoy al abrigo de unas altas montañas.

Actualmente, la Compostela mexicana es una ciudad próspera y floreciente, con minas argentíferas, campos fértiles, servicio de aguas y alcantarillado, modernas escuelas, grandes mercados y buenas carreteras.

Y con un pasado lleno de resonancias hispánicas que unen, a través del mar y del tiempo, las torres de la catedral gallega con el campanario de la iglesia parroquial mexicana, donde se venera desde el siglo XVI un crucifijo español que regaló don Nuño de Guzmán cuando andaba vestido por aquellos parajes con cota de malla y

armadura de fierro. En este año jacobeo, cuando repiquen las campanas galaicas para recibir a los peregrinos de todo el mundo, algún oído de ascendencia española se aguzará para escucharlas a través del Atlántico. Y el aroma litúrgico del botafumeiro se asomará por encima de Jalisco y Nayarit para hacer partícipe a la Compostela mexicana de todo el grave y limpio júbilo que bullirá ante el pórtico de la Gloria.